ISLAS DE CALOR

Malu Furche R.

ÍNDICE

VIVIR ASÍ 11
LA ATACAMA (O LOS QUE NO VUELVEN) 55
ANIMALES DE CALOR 83
LA VIUDA Y LA VIRGEN 105

A mi Spullcita

Some say the world will end in fire,
Some say in ice.
From what I've tasted of desire
I hold with those who favor fire.

– Robert Frost

VIVIR ASÍ

1

Zumban las moscas, pesa el aire, es fin de año. Mónica abre los ojos y lo primero que ve es la mano de Pastora refregándole una toalla húmeda en la frente. Observa cómo sus dedos van y vienen hacia su rostro. Qué ganas de morderlos, piensa medio dormida. Lástima no tener puestos los dientes postizos. Para darle más trabajo, le rechaza el desayuno, el almuerzo, la cena. Su presencia la agota. Qué molesto es verla instalada en el balcón leyendo los libros de su marido muerto, tomando Coca-Cola normal, si ya está tremenda. No soporta escucharla cantar, murmurar, ni que se queje del bochorno o suspire lastimosa al lado de ese ventilador que solo mueve polvo.

Para ninguna de las dos ha sido fácil: una semana completa de una ola de calor roja y dura, que no descansa ni cede. Como si de un momento a otro se hubiera posado un radiador en, o sobre, o bajo la ciudad. No había existido un diciembre con 40 grados siete días seguidos. Mónica quiere transpirar, pero el sudor ya no corre por su piel delgada y transparente, y cada vez que pestañea los párpados se pegan más a sus ojos secos. Siente

arena en su boca. Se está transformado en un desierto, lo sabe. Pero está decidida: de su empleada no aceptará nada. Es una victoria que se quiere guardar.

Pastora no se preocupa. La conoce bien: cincuenta y cuatro años y ocho meses juntas, son cincuenta y cuatro años y ocho meses juntas. Lee con seguridad las escenas de su señora. Sin ir más lejos, hoy notó el enojo en sus manos tiesas, mandíbula temblorosa, frente arrugada, mirada minúscula. Podría apostar todo lo que no tiene a que se le pasará apenas le dé un poquito de hambre, pero el hambre no llega, la rabieta no se pasa, y menos mal que Pastora no apostó porque hubiera perdido todo lo que no tiene. Para no sentirse inútil ni mezquina, en ese orden, intenta hidratarla, darle papilla, humectarle el pecho. En cambio, una y cada vez choca contra el muro de concreto que es su señora Monita.

Empieza la noche y, ¡al fin!, la temperatura cede un poco. En la misma pieza, Pastora se pone su vestido favorito, uno sin mangas, de lino fucsia que desteñido y todo le parece hermoso. Se cambia frente a su jefa, qué más da, se han visto enteras. De un cajón saca rímel y rubor. Se maquilla sobria porque teme que la transpiración le corra el maquillaje. Se hace una cola de caballo bien pegada a la cabeza, a ver si se le estiran un poco las arrugas. Se echa unas gotas de un perfume dulzón alrededor del cuello. Aprovecha el impulso, y unas gotitas más en las axilas amontonadas, porque el desodorante le está fallando. Para terminar presiona los rollitos que se escapan por el costado del escote, y los mete dentro del vestido. Está contenta y apurada: la fiesta en el salón del edificio contiguo ya empezó.

—Aquí hay agüita para cuando le dé sed —Pastora deja un vaso en el velador con cuidado—. Y en la cómoda están sus

revistas, si se aburre se para a buscar una. Le va a hacer bien caminar, que no está de más mover el cuerpo, ¿sabe? ¡¿Cómo me va a empezar el año así?! —grita ahora, segura de que la otra está sorda y, antes de cerrar la puerta por fuera, agrega:— ¡Feliz año, señora Monita! Este que viene será nuestro.

—Vieja pilla —susurra la otra, pensando que su empleada pudo esforzarse y meterle la comida a la fuerza por más que ella se negara—. Me quieres muerta, canalla —se para con toda su fuerza y siente que su cuerpo no aguanta y cae en seco a los pies de la cama.

A las cinco de la mañana Pastora vuelve risueña y despeinada. La fiesta le hinchó el cuerpo, parece vestida a presión. Tiene líneas de sudor marcadas en la ropa, justo donde se le acumula la grasa. En cuanto ve a Mónica tirada en el suelo, se le escapa un grito que casi raja el lino del vestido. La vieja tiene el rostro encogido y bilis a un costado. No, no, no, no. NO, repite Pastora como si ayudara en algo. Se agacha despacio, los huesos de sus rodillas se mueven como una máquina mal aceitada. Acerca su oreja a la nariz de su patrona. Se alivia cuando siente la respiración. La recoge como puede y la deja sobre la cama. Corre al único teléfono de la casa, a tres piezas de la pieza de Mónica, y llama a una ambulancia que no llega. Trata otra vez y nada. Y otra más. Parece que el mundo se ha olvidado de ellas.

A la mañana siguiente Pastora prueba suerte con los doctores de la familia. Ninguno está disponible. Busca en la guía algún médico y tampoco pueden atenderla. Con la ola de calor la demanda ha crecido ridículamente, más vale no enfermarse de nada. ¿Cómo la voy a llevar al hospital yo sola? Si la muevo

la quiebro, piensa angustiada. Sin muchas ganas intenta hablar con Lucía o Inés, las hijas de su jefa, pero no contestan. Está a punto de llorar, y entonces tiene una idea. Se comunica con la secretaria del yerno de Mónica y santo remedio: en un par de horas tocan el timbre, revisan a la anciana, le inyectan suero y dan remedios para la presión y el corazón. Que cuánto es, pregunta Pastora con la cartera de Mónica en la mano. Que no se preocupe que está todo pagado, le responden.

Cuando se quedan solas otra vez Pastora se para en el balcón de la pieza que da justo a la calle. El horizonte vibra a lo lejos, es blanco y saturado. Aunque el aire está caliente, respira profundo y deja que le entibie la nariz. Ahora que volvió la calma, tiene tiempo de escribir las resoluciones de año nuevo, hay que conservar los ritos. En su cuaderno de hojas cuadriculadas anota con letra de niña y caligrafía impecable: comer mejor, recuperar a los niños, que no se me muera la patrona.

Pastora arrastra su colchón a la habitación de Mónica. Sábanas no lleva, porque en estos días nadie se tapa. Cojines sí, ya que no hay mejor sacrificio que el que se hace cómoda. Queda exhausta. Se mete unos hielos en el escote para enfriar el cuerpo y el agua entre los pechos le hace cosquillas. Luego lleva su radiocasete a pilas, porque la vieja no habla y ella le teme al silencio. Además, así podrá mantenerse informada del fenómeno climático y escuchar tranquila a su Camilo Sesto. Como le gusta dejar lo mejor para el final, al terminar descuelga el abanico más caro de la colección de Mónica. Se siente como nueva con él en la mano. Lo usa para ventilar los transpirados pliegues de su cuerpo hasta llenar el vacío de sus días.

2

El día en que Mónica se casó con Pedro, su primo insípido y bonachón, decidió que se llevaría a Pastora con ellos. Se conocían de niñas, la muchacha trabajaba en el fundo de su familia, era afanosa y perfeccionista; ideal para mantener el palacete en el centro de Santiago, recién heredado como regalo de matrimonio. Incluso tenían cosas en común: odiaban las matemáticas, la leche caliente y la varilla con que su papá les pegaba cada vez que algo le parecía incorrecto. Después de todo, Pastora era lo más parecido a una amiga que tenía.

Pastora se entusiasmó con salir del campo. Tenía dieciséis años y planes claros: estar un rato con el matrimonio, ahorrar lo suficiente y renunciar para estudiar pedagogía.

Pero en Santiago solo le sucedió Pedro.

Resultó que el primo de Mónica no era tan bonachón como parecía: al joven le interesó de inmediato su empleada de cuerpo carnoso, ojos dormilones, sonrisa de dientes chuecos y manos rápidas. De tanto observarla, descubrió cómo le brillaba la mirada con las historias que él le contaba, mejor si tenían muchos personajes. Para acercarse un poco más, comenzó a prestarle todos los libros de literatura rusa que compraba en sus viajes de trabajo. Pastora agradecía la consideración de su patrón, y su cuerpo disfrutaba las miradas que él le clavaba cuando ella fingía no enterarse. Para avivar el fuego, si tenía oportunidad, lo rozaba fuerte o despacio, rápido o lento, sin querer o con querer, hasta sentir que su piel se crispaba.

Para Mónica, en cambio, la minucia cotidiana con Pedro resultaba indiferente. Lo miraba poco, escuchaba lo necesario

y solo se dejaba besar o tomar del brazo en ocasiones especiales, como un bautizo o una comida familiar. Por decisión de ella, tampoco compartían pieza: el problema aparecía cuando él tocaba su puerta y se acostaba en su cama. Mónica se ponía tiesa como palo ante cualquier caricia que pudiese terminar en sexo. Aun así, se obstinó en que su matrimonio funcionase y durante años se dijo a sí misma que su compromiso con Pedro era voluntad de Dios, que lo amaba y que no rompería nunca el sagrado vínculo que los unía. En términos prácticos, la manera de seguir adelante con lo que ella consideraba sus deberes conyugales fue un frasco de vaselina, que le había regalado su madre a los pocos días de casada. Mónica pensó que no lo necesitaría, pero luego de penetraciones ásperas, ardor y llanto, se cansó. Antes de probarlo lo trasvasijó a una botella con flores violetas que decía «Agüita de lavanda». Fue un acto pudoroso, no tanto por Pedro, sino por Pastora, la única que tenía acceso a su baño. Qué diría la empleada si se enteraba. Desde entonces, cada vez que el sexo se volvía inevitable, corría al baño, cerraba la puerta, se desvestía y esparcía vaselina mientras encomendaba su cuerpo a Dios rogando una pronta fecundación. Con el tiempo, incluso estableció su propio ritual: se miraba al espejo, apretaba los pezones y masturbaba rápido. Gracias a eso podía sortear el sexo pensando en otras cosas, como la trama de un libro, arreglos en la casa, su colección de revistas. Y apenas Pedro soltaba su inconfundible gruñido orgásmico, ella gritaba: ay, ay, ay, sí. ¡Ay!, y daba por cerrado el asunto.

Cuando Pedro al fin se decidió a visitar la pieza de Pastora, la encontró acostada, leyendo uno de los libros que él le había pasado. Pedro se tiró sobre la cama, le tapó la boca, levantó el

camisón e intentó correrle el calzón. Ella le mordió el hombro, arañó la espalda y pegó con el libro en la cabeza. Se quedaron callados e inmóviles hasta que él se durmió. Pastora no pegó un ojo en toda la noche y se dedicó a observarlo. Antes del amanecer se había convencido de que era un hombre fuerte y hermoso, y que el arrebato había sido su culpa por provocarlo.

Por la mañana Pastora se dedicó a evitar a Mónica. Si la sentía cerca iba a otro lado, si la llamaba fingía no escuchar. Pero a mediodía se encontraron de frente en la cocina. Su patrona la miró de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba varias veces.

—¡Partiste a dormir! —le dijo.

—¿Por qué, señora Monita?

—Bien sabes.

Pastora se sintió helada, agujas le atravesaron las mejillas.

—Mírate la cara, mujer, estás horrorosa.

—No pasé buena noche.

—Me dijo Pedro.

—¿¡Cómo dice!?

—Vio la luz de tu pieza prendida tarde. No te quedes leyendo, por favor. Ahora ándate a dormir o te despido, que no te aguanto los días en que estás así de fea.

Esa misma noche Pastora quiso que Pedro volviera a su habitación, pero de él no hubo rastro. Esperó dos días y nada. Al tercero no aguantó y partió a la pieza de su patrón. Se tumbó sobre su cama y le tapó la boca con la mano firme. Él no quiso gritar.

La primera vez de Pastora había sido con un amigo de la escuela y sin muchas ganas. Cedió a la insistencia del chico y ni siquiera se dio cuenta en qué momento había empezado ni terminado el trámite. Con Pedro decidió que sería distinto: disfrutaría. Después de algunos encuentros torpes, le propuso

un acuerdo: si ella tenía ganas, la puerta estaría entreabierta y él podría pasar; si no, tendría que aguantarse. Y aunque con ella era difícil saber, él probó suerte casi todas las noches.

En cuanto a Mónica y Pedro, el sexo se limitó a fines reproductivos que no fueron fáciles, pues no hubo embarazo hasta que cumplieron doce años de matrimonio. Una noche en que según sus cálculos estaba fértil, Mónica se llenó de vaselina, fue a la habitación de su marido y la encontró vacía. Guiada por lo que más tarde denominaría su instinto implacable, caminó hacia la puerta de Pastora. Desde el pasillo los escuchó reír, hablar de un libro, tener sexo. Ella se quedó hasta el final y pensó que su empleada no fingía un ay, ay, ay, sí. ¡Ay!; Pastora se desgarraba de verdad.

Mónica evaluó la situación un par de semanas y decidió no dejar a su primo. Por más que hubiese tratado de convencerse, sabía que no lo amaba ni por asomo. Tampoco esperaba algo de su parte, en honor a la verdad ni siquiera estaba sorprendida. Le parecía un romance repetido, evidente y aburrido. Pero separarse era una derrota y requeriría mucho más esfuerzo que mantener su vida tal cual. Hasta existía la posibilidad de tener que casarse otra vez, y no. Eso sí que no. En cuanto a Pastora, sí lo sintió como un golpe bajo. Nunca la consideró una amenaza, la imaginaba fiel hasta el último de sus días. Estuvo a punto de despedirla, pero comulgó con la idea de que es mejor diablo conocido. Si querían dormir juntos, no era su problema, aunque la traición no se la llevaría gratis la sinvergüenza. Decidió hacerla sufrir con sus palabras cada vez que tuviera oportunidad, sabía que su empleada era de lágrima fácil.

Pastora notó rápido la rabia y se sintió pésima. Sobre todo porque no dejó de acostarse con Pedro, le gustaba lo suficiente

para no salir de ahí. Después de días de angustia y puerta cerrada, encontró una solución para irse a dormir sin pensar que le fallaba a su jefa: la compensaría con una devoción obstinada y otra forma de vivir se volvió imposible para ella. Las aventuras de otros que sagradamente escuchaba en la radio, y que en algún momento había soñado tener, quedaron relegadas al dial. No se volvió a comprar ropa, dejó que se le venciera el poco maquillaje que tenía y tampoco se tiñó el pelo cuando aparecieron las canas. Menos se preocupó de estar gorda o flaca, solo de comer si tenía hambre, dormir si tenía sueño y contener la risa si algo le parecía muy gracioso y Mónica andaba cerca. Dejar la casa, estudiar, trabajar como profesora: no, no, en la vida no se podía tener todo, se decía ante la menor tentación. Lo mismo con Pedro: ¿cómo se iba a casar ella? Con que entrara a su pieza bastaba. ¿E hijos? Gracias a Dios no podía. Se lo había diagnosticado el doctor cuando lo visitó por su regla dolorosa e impredecible. Ella había recibido la noticia con más alivio que decepción.

De a poco Pastora se convirtió en una sombra de medio día, una nube delgada a punto de desintegrarse y todo lo que no fuera esa familia quedó fuera de cuadro para ella.

Para los conocidos de Mónica y Pedro la empleada resultaba envidiable: cobraba poco, no robaba, era eficiente. Callada, imperceptible, incombustible, ofrecía sin dudar sus lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábados y domingos a las labores domésticas. Cocinaba, planchaba, cosía y limpiaba, sin ayuda, sin quejarse. Sabía multiplicar el tiempo, se dedicaba con facilidad a la fontanería, con gracia a la jardinería y cada vez que iba al almacén, compraba lo justo sin pasarse un peso. Hasta mantuvo limpia la piscina sin filtro. Pero más importante fue cuidar con afán a las hijas, Inés y Lucía. La empleada sentía a

esas niñas como propias, aun cuando a ella no le correspondía ningún beso, abrazo, regalo o gran decisión. Los campamentos, comidas ligeras, monjas, fueron ideas que su patrona impuso sola. Si hubiera sido por ella, ni dietas ni catequesis, menos golpes con la varilla. Porque Mónica siguió la tradición de su padre y les pegaba cada vez que podía, dejándoles las manos ardiendo y temblorosas por horas. Pastora no se atrevía a decir nada: al final una mamá sabe, siempre sabe, se repetía girando la vista para otro lado.

Durante esos años Mónica también se dedicó a probar con algunos amantes. Severa y todo, sus ojos claros y cuello largo tenían buen nicho entre los colegas de Pedro. Pero cada relación que mantuvo le corroboró lo mismo: si la nada existe, aparece en el cuerpo cuando un hombre está cerca. Con el tiempo confirmó que el mayor placer estaba en las palabras contra su empleada y en los castigos a sus hijas y, más tarde, a sus nietos.

Para el veinteavo cumpleaños de Lucía, ella e Inés presentaron a sus novios: unos mellizos colorines y pecosos, con los que se casarían en tres meses. La comida fue aburrida y abundante. Pastora se lució con un estofado y atención excepcional, porque las visitas eran los enamorados de sus niñas. Al final de la cena Pedro se sintió mal y culpó a los excesos. Al otro día, despertó con la piel amarilla y un agudo dolor de estómago que no lo dejó caminar. El doctor lo visitó e hizo exámenes. Esto no pinta bien, le dijo a Mónica antes de irse. Luego llamó para desahuciarlo. Pedro murió de cáncer al estómago a las dos semanas, en su pieza, acompañado de sus hijas. Mónica no quiso entrar, pero a última hora se apiadó del enfermo y su empleada, y dejó que ella lo visitara en su lecho.

Pastora se aguantó la pena con coraje hasta que enterraron a Pedro. Apenas estuvo sola en su pieza se entregó al llanto desconsolado. Los días que siguieron se sintió rendida y no se levantó en semanas. En un gesto que ni ella misma hubiera esperado, Mónica le respetó el duelo. Que llore por las dos, se dijo. La consideración se le pasó cuando llegó la herencia del difunto con puras deudas. Menos mal que Inés y Lucía ya estaban comprometidas y que una vez casadas, como almas caritativas que eran, mandarían una mesada generosa. Gracias a ese dinero Mónica vivió con decencia, porque si no, qué desastre.

Lentamente la casa de dos pisos, balcón grande, entretecho, nueve habitaciones, cuatro baños, lavadero y piscina, las fue ahogando. Pastora y Mónica siguieron juntas por pura dependencia: una no tenía dónde vivir y la otra no sabía hacer casi nada. Y cada vez que Mónica sorprendía a Pastora impávida en la cocina, lavando platos, preparando algo, confundiéndose con el mobiliario, se repetía que después de tantos años era difícil sacarse las malas costumbres.

La vida de ambas transcurrió sin grandes sucesos, salvo tres excepciones. Primero: Pedro llevaba cinco años muerto y una mujer llamó a la casa y habló con Mónica. Afirmó ser amante del finado, tener tres hijos, necesitar dinero. Era cierto, pero no había cómo ayudarla. Ni tú ni yo éramos tan especiales, le comentó a su empleada con placer. A Pastora se le rompió el corazón y quiso golpear a su jefe, gritarle en la cara. Con su señora Monita también se molestó, aunque la perdonó rápido. Si a ella le dolía eso, cómo se habría sentido la pobre al descubrir su romance. Segundo: demolieron casi todas las casas de la manzana, menos el palacete. A Mónica ninguna inmobiliaria le hizo una oferta, de lo contrario hubiera aceptado. Tercero:

los nietos. Inés tuvo tres hijos: Catalina, la mayor; seguida por los mellizos Pedrito y Gonzalo. Ese mismo año nació Manuel, primogénito de Lucía; luego Almendra, Cordelia y Emilio. Los niños las visitaban, sagradamente, cada viernes.

3

Febrero. Por la ventana se cuela el amarillo de la luna llena. El calor y Mónica siguen igual: pesados y quietos. Los termómetros no bajan de los 42 grados. El ventilador de la pieza se echó a perder y, como en las tiendas se agotaron, Pastora no ha podido comprar uno nuevo. A falta de aire se pasa moviendo el abanico alrededor de su señora. Confía en que eso bastará para que ni su jefa ni ella se fundan con el clima. En eso está, hasta que se cansa. Se sirve un vaso grande de bebida, la encuentra tibia, sin gas, pero la disfruta igual. Su radio a pilas está prendida, no deja sonar al silencio. Se sienta junto a Mónica, sube el volumen y escucha atenta.

«¡Recomendaciones para sobrellevar la ola de calor! Evita a toda costa la exposición solar entre once de la mañana y seis de la tarde. Usa gorra, visera y poleras de manga larga de colores claros. No realices actividad física durante el día. Aplícate protector solar sobre factor cincuenta. Toma un vaso de agua cada hora. Ahórrate problemas gastrointestinales y desinfecta frutas y verduras, y guarda los alimentos orgánicos en un lugar fresco». Pastora se siente orgullosa, dejó unos duraznos bajo el mesón de la cocina antes de que lo aconsejaran por la radio. «Cuídate de los golpes de calor. Síntomas comunes: dolor de cabeza, fatiga, náuseas, pulso acelerado, presión alta, delirio, ca-

lambres, vómito. Presta especial atención a las personas de alto riesgo: menores de diez años, ancianos mayores de sesenta y cinco y personas de salud delicada». Se persigna, ella y su patrona son de alto riesgo, también los niños. «¿Cómo saber si tienes daños en la piel? Observa si existe ardor, ampollas, alergias. En los menores cuida que no haya manchas blancas ni picazón; y en los adultos mayores, granos, enrojecimientos, comezón. Y no olvides estar atento a los síntomas de deshidratación: sequedad de mucosas, pérdida de elasticidad en la piel, hundimiento de glóbulos oculares, taquicardia». Entonces observa a Mónica: tiene los ojos hundidos, la boca gris y blanca. Para ver qué tal, la pellizca fuerte. Su piel demora más de un minuto en volver a su lugar. Pobre mi señora Monita, dice, mientras le pone un paño frío en el pecho. Siente que su respiración se agita y como piensa que es buen síntoma aplaude. «No olvides que hay puntos de hidratación gratuitos en cada comuna. Allí encontrarás agua, protector solar, gorras. Esta es una catástrofe climática: las masas de aire caliente que han cubierto la zona norte y centro del territorio, siguen sin movimiento, pero se confía en su condición transitoria y se espera que para marzo la temperatura descienda gradualmente. ¡Atención, atención! Desde la próxima semana habrá cortes de agua y luz programados. Procura tener tus propias reservas hídricas, velas, linternas y pilas». Al menos eso sí tranquiliza a Pastora, la vida le ha enseñado a estar preparada: tiene un kit de emergencia, botellas y botellas con agua y montones y montones de pilas. «Cuídate y cuida a los que te rodean, entre todos derrotaremos a este enemigo. Mensaje del día: Chile, país generoso, no olvides al prójimo».

Pastora intuye que esto puede ser el inicio de un cambio grande y considera que es momento de reparar los asuntos

pendientes. Pudo ser Lucía, pero llama a Inés. Le es indistinto, quiere que la perdonen. Además, el calor no puede matar a Mónica sin que sus nietos se despidan de ella.

4

La primera vez que Pastora lo hizo fue con Catalina. Inés le pidió que la mudara y ella se quedó sola con la guagua. Cuando terminó de cambiarle los pañales tomó una aguja, quemó la punta, le pinchó el brazo. Nadie escuchó el llanto. Apenas una gotita de sangre roja y brillante salió del cuerpo de la niña, presionó la misma aguja contra su dedo hasta romperlo. Juntó herida con herida, sangre con sangre, dedo con brazo. Hizo lo mismo con el resto de los niños, debía estar segura de habitar esos cuerpos hechos de un material precioso y sagrado.

Mónica también se interesó por los niños, los sintió como una nueva oportunidad. Con ellos pudo perfeccionar sus castigos, los volvió más salvajes, complejos y los aplicó sin remordimientos. Viernes tras viernes, los niños aprendieron a resistir la varilla de su abuela, al punto que resultaba insípida ante la posibilidad de pasar la tarde en un cuartucho sin luz, encerrados con candado, o recibir una serie de coscorrones o un pinchazo en el poto. Para tentarla, solían robarle los dientes, ponérselos y sonreír. Apostaban juguetes, libros, dulces, por quién aguantaba más. La mayoría de las veces ganaba Almendra porque era tramposa. Aunque Cordelia y Pedrito también tenían buenos resultados. Los otros jugaban igual, y a veces, conseguían algo. Como Catalina, que un día de invierno apostó su pelo largo y rojo por las mesadas del resto. La misión fue en-

trar al closet de la abuela, ponerse uno de sus vestidos, sentarse a su lado a tomar el té y resistir lo que viniera. Cuando Mónica se dio cuenta la agarró de las mechas, la arrastró por la casa y la tiró a la piscina. El sonido del cuerpo contra el agua sucia generó un momento de suspenso, pero Catalina salió sin dificultad. Mónica la observó de reojo y sonrió, sintió algo parecido al orgullo. Pastora, por supuesto, hizo caso omiso. Al igual que con Lucía e Inés, trataba de ignorar el comportamiento de Mónica. Se decía que era mejor no hacerse problemas, si los chiquillos se veían sanitos; era parte de la crianza; total, las otras sobrevivieron a esa misma mujer.

El último viernes que los niños visitaron la casa fue ocho meses antes de que empezara la ola de calor. Pastora estaba comprando pan en el momento en que Mónica reunió a sus nietos en la sala de juegos del segundo piso y los invitó a un torneo de carioca. Todos se negaron, pero a la abuela no le importó, tenía un plan. Si no quieren jugar, ya sé qué podemos hacer, les dijo con ojos encendidos. Tiró de un cordel y la escalera que llevaba al ático cayó en seco. Ellos se empujaron para subir a ese lugar desconocido, con olor a humedad y que, de puro polvo, los hizo estornudar a coro. Una vez arriba, Mónica cerró por fuera y se mandó a cambiar contenta.

A los quince minutos volvió Pastora y escuchó los gritos. Siguió el sonido lo más rápido que le permitieron sus kilos. Cuando abrió el ático los niños salieron corriendo y llorando sin aire. Se les habían aparecido unas ratas gordas y café. Una se había enredado en el pelo de Catalina; otra trepó por la pierna de Almendra para después saltar a la espalda de Pedro; y otra más meó encima del pequeño Emilio. El resto de las ratas había